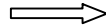


(r)



**Ya nada es rito
y otros poemas, 1987-2003**

Concha García
Madrid, Dilema, 2007

Todo/a poeta deviene el primer lector de su poesía, es decir, su primer intérprete. Más tarde esa lectura puede materializarse de distintos modos, basta seleccionar ciertos poemas para una antología o decidir recopilar la obra escrita hasta el momento. En ambos casos estamos ante un nuevo orden de los versos, y el orden es ya un sentido, y el sentido una trayectoria o un trazado, o sea, una interpretación. Es lo que ocurre con el último libro de Concha García (Córdoba, 1956), *Ya nada es rito y otros poemas, 1987-2003*, que recoge todos los libros publicados hasta ahora por la poeta (salvo *Rabitos de pasas* de 1981 y también *Por mí no arderán los quicios ni se quemarán las teas* de 1986, este último, sin embargo, reimpresso parcialmente en la última sección de *Otra ley* de 1987).

El libro viene acompañado de un conciso y atinado prólogo de Rosa María Belda que sitúa la poesía de Concha García en su evolución en el tiempo, desde las búsquedas iniciales de un nuevo lenguaje a través de la radical ruptura con el lenguaje dominante, para dar expresión arriesgada y convincente a la vivencia erótico-amorosa en especial (en *Otra ley*, 1987, *Ya nada es rito*, 1988 y *Desdén*, 1990), hasta el fundamental *Pormenor* (1993), que abre una segunda etapa centrada ahora en la cotidianidad de un sujeto femenino múltiple y, como será ya habitual en Concha García, descentrado, que celebra la vivencia pero que también la padece (en *Ayer y calles*, 1994, *Cuántas llaves*, 1998 y *Árboles que ya florecerán*, 2001). Queda la última entrega poética, *Lo de ella* (2003), cuya principal novedad reside en la brevedad de los poemas, la cual permite la expresión condensada y cargada de sentido de una voz poética ya familiar, nacida de la alteridad, la fragmentación, la escisión, espacios todos ellos impuestos y a la vez escogidos.

Dos motivos justifican que celebremos la aparición de este nuevo libro de Concha García. Por un lado la posibilidad de (re)leer algunas de sus obras primeras, que sólo la casualidad permite ya encontrar. Además, ésta es la ocasión propicia para escuchar la voz poética de Concha García en su transcurrir por el tiempo. “La verdadera función del poema / consiste en resbalar / entre los papeles de la edad”, dicen unos versos de la poeta. Son casi veinte años de poesía los que integran este libro, que tiene algo de fin de un ciclo, como si para continuar el camino emprendido, Concha García

necesitara dejar todo recogido para que no se disperse, para que no se pierda o para que no se olvide. Así, el pasado se reúne, pero no como un bloque monolítico sino como una reunión de fragmentos que han brillado por sí solos, y al situarse ahora uno al lado del otro, se dan luz también mutuamente. Con esta recopilación, Concha García no sólo nos ofrece su pasado poético sino también en cierto modo nos invita a la nueva escritura que sólo el tiempo venidero conocerá. De momento podemos disfrutar de *Ya nada es rito y otros poemas*, donde otra vez se confirma que un poeta es el ciudadano más útil de su tribu: la poesía como el lenguaje capaz de aumentar el mundo al iluminarlo, al decir sus zonas de sombra, en este caso muy en especial, el mundo en femenino escrito desde la perspectiva de quien ha vendido “los volantes y las ramplonas medias” para vivir en “otra ley”, es decir, de quien, como auténtica ciudadana, ha escogido la libertad como parte.

Sombra iluminada es aquí, entre otras, la de la temporalidad, sobre la que Concha García vuelve una y otra vez en sus versos. No hay sobresaltos en el tiempo porque los días devienen en esta poesía una enigmática y cotidiana mismidad: “no sé explicar / por qué balbucean los poetas / a la edad en que cualquiera / puede distinguir un día cruel / de otro día más”. Necio desprenderse de ese tiempo semejante, casi idéntico, que envuelve todas las horas. La realidad es en Concha García un presente, el mismo y distinto cada vez, que se goza o se sufre pero que en todo caso se habita como espacio propio. Lejos quedan las viejas melancolías y engañosas esperanzas del deseo femenino. La poesía de Concha García relea un pasado de represiones y silencios para, desde una excentricidad a la que no renuncia, afirmar una nueva (no)identidad, a la que apunta, por ejemplo, la conocida cita de un texto de Clarice Lispector que Concha García sitúa como pórtico a *Cuántas llaves* (1998): “Antes la ayudó a subir al vagón. Aunque en éste no había un centro, ella se colocó de lado. Cuando la locomotora se puso en movimiento, se sorprendió un poco: no esperaba que el tren siguiera en esta dirección y se encontró sentada de espaldas al camino”. ¿No han estado las mujeres sentadas siempre de lado, mirando oblicuamente lo que las rodeaba, su propio futuro incluido, y su propio pasado? ¿Y no han sabido luego convertir esa rara postura en fuente de energía creativa? Acierta, sin duda, Concha García situando estas palabras al inicio de un libro en el que los poemas son escenas urbanas, en las que cunden en este caso el desaliento, la desorientación, el abandono, y es que “para ver el mar tenías que atravesar un pasillo”.

Como la mujer del vagón, las miradas que sostienen las voces de éste y otros libros de Concha García, se confunden, se turban, se pierden, y los espejos ovalados de los bares sólo pueden devolverles rostros mutilados. Frente a los bares, el refugio de las habitaciones domésticas o de los hoteles, espacios de soledades tristes pero también de reencuentros, en especial con la propia interioridad. Las mujeres que dibuja Concha García en sus versos son paseantes solitarias, como *flanêuses* desengañadas, buscando escépticas una ilusión de unidad en el vértigo de la ciudad. El

mundo en que se vuelca la escritura de Concha García es el del laberinto inextricable del yo (femenino) que desea, del cuerpo (femenino) que desea, muchas veces desde ese *ombli* que es de nuevo, como en la tradición, el centro del mundo.

Pero Concha García rehúye de muchos modos y con insistencia todo autobiografismo y el peligroso deslizamiento sentimental que podría acompañarle. Como hiciera tantas veces uno de los poetas que más crudamente ha cantado el deseo en la tradición española contemporánea, Jaime Gil de Biedma, también Concha García diluye o metamorfosea la primera persona del verbo. *Ella* es, por ejemplo, el sujeto pasado y presente, la que ha amado y ha resistido, la adolescente y la adulta, la que refleja el espejo y la que refleja los ojos que la miran. *Ella* es el sujeto deseante pero también el sujeto deseado. *Ella*, la que lee “en la piel muchas cosas / que no son cuestionables”. No es cuestionable el deseo pero por ello mismo tampoco la soledad, esa *soledad sola*, esa soledad del que sabe que *algo* “funciona sin ti exactamente / lo mismo que contigo”. Pocas concesiones en este sentido hay en los versos de Concha García para con el tradicional discurso amoroso. Pocos engaños retóricos.

No hay en Concha García, pues, un yo unitario, idéntico e inmóvil porque el yo es en *ella* una ficción de identidad, un pronombre errático. Contra esa ficción atenta la poesía de Concha García a través de algo que siempre la ha definido: el fragmentarismo. Muchos son los modos de este fragmentarismo, uno de los fundamentales el que Olvido García Valdés ha denominado, en relación a esta misma poesía, “mirada de microscopio” o de “lupa”, con que el yo enfoca, no sin ironía en ocasiones, el mundo y a sí mismo, el espacio público de tejados, calles y callejuelas, pasos cebrá, bares y hoteles... y el espacio íntimo, donde ocupan su sitio unas llaves, un reloj, un vaso, una cacerola o una cama.

El fragmento forma parte de una estética que es, a su vez, una ética. Constituye, de hecho, un curioso modo de realismo: la forma que refleja y permite la expresión del mundo moderno, cuya unidad es tan ficticia como la del yo que en él reside. La de Concha García es una poesía que no traza porvenires, líneas rectas e impolutas, órdenes tranquilizadores. Es una poesía hecha de instantes, de fugas del tiempo, de fragmentos de mundos, de experiencias que, como luciérnagas, brillan en la oscuridad. Es en este caso E. M. Cioran el que proporciona a Concha García las palabras exactas que definen la virtud del fragmentarismo. Con ellas abre los destacados poemas, a mi juicio, de *Árboles que ya florecerán* (2001):

Este es el drama de todo pensamiento estructurado: el no permitir la contradicción. Así se cae en lo falso, se miente para resguardar la coherencia. En cambio, si uno hace fragmentos, en el curso de un mismo día puede uno decir una cosa y la contraria. ¿Por qué? Porque surge cada fragmento de una experiencia diferente y esas experiencias sí son verdaderas: son lo más importante.

La cita antes mencionada de Clarice Lispector y esta otra de Cioran permiten entender dos claves fundamentales de la poética de Concha García que, tal vez, puedan resumirse en una única formulación: la apuesta por una mirada distinta que nos conduzca a ver el mundo de otro modo. Algo que, por cierto, las mujeres se han visto obligadas a hacer siempre por haber sido colocadas en otro lugar, en ningún lugar, y de lo que han extraído una inagotable creatividad. En este aspecto, el lenguaje de Concha García es una forma de atender contra la *lengua muerta* de la que habla Adrienne Rich en otro de los epígrafes de *Cuántas llaves*. Como dicen luego unos versos de nuestra poeta: “aquel pintor / se suicidó y ocho poetas también / pero hay mujeres que / taconeán solas”. Porque otra vez en Concha García, y es mérito remarcable, lo personal es político, sin que ello suponga claudicar en modo alguno de la forma poética, más bien al contrario: la rebeldía ante el lenguaje se corresponde con la rebeldía ante el mundo.

Tal vez como nadie, la mujer ha sido capaz de entender la desubicación del sujeto moderno, solitario (el “yo es otro” escrito por Concha García en femenino) que, como en los cuadros de Hopper, sueña su sueño desde las habitaciones desangeladas de los hoteles o las barras vacías de los bares. Tal vez como nadie, ella ha necesitado romper la sintaxis para romper la semántica, desplazar significados para nombrar de otro modo la experiencia, algo a lo que se entrega Concha García desde el inicio de su trayectoria. Como escribe en unos versos de su último libro, *Lo de ella* (2003), “lo encajado aconseja agitarse con dureza”. Frente a todo orden rígido y autoritario, la poesía de Concha García invita a la embriaguez del *vino*, del *bourbon*, del *whisky*, del *coñac*, del *ron* o la *cerveza*, metáforas de la fiebre del deseo que es asimismo la fiebre de la poesía, la de la percepción distinta de las cosas: “a mí me gusta / el encantamiento de ciertas tardes, cuando / lo evidente no es real”.

Ninguna épica finalmente en esta poesía. Ni siquiera la cotidianeidad se convierte en liturgia que apunte a un sentido para el devenir idéntico del mundo. La lucha diaria queda resumida en estos versos: “la intención de no naufragar / en el vaso del desayuno”. Por eso mismo estamos ante una poesía antirretórica, cuyo lenguaje es de radical honestidad en relación a esa realidad en la que *ya nada es rito*. Cotidianeidad donde anidan el desdén y la desdicha pero también, y justo es reconocerlo, la felicidad: la felicidad, dice un poema, “es ducharse riendo / y sacarse los zapatos”.

VIRGINIA TRUEBA MIRA
Universitat de Barcelona